

establecer su línea de contacto y continuidad de pensamiento, que conforma el sustrato mental sobre el que se construye el edificio narrativo e ideológico de Mateo Alemán en su novela, pero también en el resto de sus escritos, desde las cartas privadas a Cristóbal de Herrera a la *Ortografía castellana* o la *Vida de San Antonio de Padua*. Todas ellas son minuciosamente leídas por el investigador para dejar de lado todos los prejuicios e *idées reçues* sobre la época y el autor e inscribir de lleno su obra en las corrientes más centrales y profundas del pensamiento reformista que aflora con fuerza singular en las últimas décadas del reinado de Felipe II. En ellas se entrecruzan, como Cavillac pone magistralmente de relieve, los vectores religiosos, sociales, económicos y políticos, culminando en la fusión que la vida del Pícaro hace del *homo religiosus* y el *homo oeconomicus* a partir de la vinculación entre las teorías de raíz agustiniana sobre el pecado y el libre albedrío y las teorías paulinas y erasmistas sobre la reforma social, singularmente emparentadas en el pensamiento crítico sobre el pauperismo, punto de encuentro de la caridad cristiana y la reforma de la sociedad en torno al tema central del trabajo productivo.

Siguiendo el proceso de estos discursos, Cavillac pone de manifiesto su profunda imbricación y la diversidad de matices que enriquecen esta confluencia de tradiciones, para subrayar con ello vetas de modernidad insospechadas o, cuando menos, ocultadas y preteridas en un pensamiento español del siglo XVI que aparece ahora mucho menos monolítico y uniforme que como ha sido presentado en estereotipos de continuada y desafortunada vigencia. Otra virtud tiene este fino y documentado análisis: la de romper la esterilizante dialéctica entre la ortodoxia sin fisuras y la marginalidad de una heterodoxia que tendía irrefrenablemente a vincularse al componente judaico de nuestra cultura, dicotomía desde la que se han congelado muchos estudios de mentalidades y, singularmente, del discurso literario, en forma de opciones encontradas, sin facetas ni gradaciones. Justamente, el estudio de Cavillac pone de manifiesto que toda la carga crítica inserta en el *Guzmán* se mantiene dentro de la más estricta ortodoxia religiosa, cristiana y aun tridentina, ideológica y política, de la España de Felipe II, sobre todo de aquella vertiente de la ortodoxia más dinámica, abierta y proyecta-

da al futuro, al tiempo que más coincidente —y aun adelantada— con el pensamiento y la acción política de la Europa contemporánea.

Más allá de las tesis tradicionales sobre el carácter converso de la obra —apoyados historicistamente en la propia genealogía judaica del autor— y las generalizadoras apelaciones al sustrato erasmista, la obra traspareta detrás de la *Atalaya de la vida humana* un denso y complejo universo burgués, proyectado en clave reformista y en una activa actitud de incidencia en la vida española, para proyectar su noción del «hombre perfecto» en la lectura democratizante de la doctrina del «cuerpo místico», en la que el organicismo que marcaba la lectura aristocratizante y feudalista de este concepto, es sustituida por un igualitarismo de raíz cristiana, asentado en los textos de San Pablo, San Agustín y la doctrina de la salvación de la patrística. Con exhaustiva atención a las variadas modulaciones de este discurso, contrastado con el devenir histórico de unos hechos socioeconómicos que marcaron el XVI español, quedan de manifiesto las vinculaciones entre los debates teológicos y los políticos. En ellos se subraya el auge del principio de razón, trabajo y voluntad, opuesto al determinismo considerado como imperante y constitutivo de la mentalidad postridentina, la cual, con coincidencias con la protestante —sobre todo de calvinistas y hugonotes—, se perfila, en cambio, con los rasgos de mercantil y burguesa que caracterizarán poco después a la modernidad europea.

Al insertar la historia de degradación y conversión de Guzmán en la crisis histórica del pensamiento burgués español —en torno a los avatares económicos de la política de Felipe II y sus banqueros genoveses—, con su sentimiento de fracaso y sus perspectivas de renovación, Alemán encuadra su discurso y, sobre todo, incorpora en su seno una «estructura englobante» (Lucien Goldmann) que nos ilustra por igual el trasfondo ideológico de la obra como sus mismas características formales y narrativas, tal como, desde una óptica paralela, ha puesto de relieve Juan Carlos Rodríguez en su reciente análisis del discurso picaresco (*La literatura del pobre*, Granada, Comares, 1994).

A partir de la consideración de la superestructura burguesa y mercantil de la obra, Cavillac pone de relieve lo

que en la misma subyace de estructura novelesca, continuando una reivindicación literaria de la obra, en despegue de su simplificadora lectura moralista, tal como ya había iniciado años atrás Francisco Rico. Si bien constituye un punto de partida en su argumentación, el éxito de impresiones y lectura de la obra es sólo un factor más en la valoración de su mérito literario y la conexión con las demandas y expectativas de un público de «medianos», que se constituirá en el ámbito natural de la eclosión de la novela. Es, sin embargo, el profundo análisis del contexto mental de la obra el que permite despejar muchas de las incógnitas planteadas por la ambigüedad de las soluciones establecidas por la formalización de un discurso narrativo incipiente, carente de modelos teóricos y prácticos. Soluciones técnicas procedentes de la tradición y coincidentes con las de otras modalidades genéricas, adquieren sentido en esta vía interpretativa, permitiendo, a partir de la interrelación de forma y significado, el desarrollo de perspectivas críticas adecuadas en la definición del género picaresco, aún centradas en el formalismo, como evidenció el análisis de Cabo Aseguinolaza (*El concepto de género y la novela picaresca*, Universidad de Santiago de Compostela, 1992). De ello no han dejado tampoco de aprovecharse los más recientes acercamientos críticos a la obra de Alemán, como se aprecia en su última edición, por José M^a Micó (Madrid, Cátedra, 1994), e incluso lecturas revalorizadoras de obras situadas en un horizonte similar, según apreciamos en *El (libro de) buen humor de Estebanillo González*, de Ángel Estévez Molinero (Universidad de Córdoba, 1995).

En este momento cabría preguntarse si basta el entronque con el pensamiento burgués para asegurar el carácter novelesco de la obra, última piedra de toque en lo que concierne a su valoración literaria, sobre todo en la perspectiva de la modernidad. Como en la «poética historia» que analiza, el estudio de Cavillac «apunta más allá del enunciado»: «mucho dejé de escribir, que te escribo», ya que, aunque no abunda expresamente en ello, esclarece con su elucidación contextual el modelo comunicativo de la obra, tanto de su enunciación como de su enunciado, y lo sitúa, consiguientemente, en el horizonte de la novela. Distingue, en primer lugar, entre el discurso coherente de Guzmán y el discurso novelísti-

co del autor, para precisar la función de este «ejemplo a contrario» en la economía singular de la ficción. En esta línea, Cavillac recuerda al lector que la invención de Alemán es la de un personaje que narra una historia, la suya, y que ello establece de manera lógica e inevitable la doble perspectiva esencial en la obra y que se resumen en los dos discursos confluyentes, el de la vida del Pícaro y el del texto narrativo del Atalaya, respectivamente las «consejas» y los «consejos» destacados por Rico en la base de su lectura. Y es precisamente esta articulación dual, utilizada por la crítica negadora de la dimensión novelesca de la obra, la que la inserta en el discurso en gestación en estos años, incorporándola a una modernidad literaria que comparte con la de *Don Quijote*, a pesar de las evidentes y radicales diferencias que las separan, singularmente por la impermeabilidad cervantina al discurso picaresco, como formula Ginés de Pasamonte e ilustran las *Novelas Ejemplares*.

Sin embargo, no es el de Cervantes el único camino válido a la novela, y muchos de sus ingredientes distintivos pueden apreciarse en el *Guzmán de Alfarache*, sobre todo a partir de que Michel Cavillac los ha situado en la perspectiva adecuada y ha recompuesto su contexto significativo. La justificación —en la lógica narrativa y en la ideológica— de la conversión del Pícaro, es la clave de bóveda del edificio novelesco y, a la vez, la base de todas las características del mismo, no sólo por proporcionar la imprescindible perspectiva narrativa; también porque su coherencia dota de la necesaria verosimilitud —el *decorum* exigido por los preceptistas y por los lectores— a las andanzas del personaje y a las reflexiones del narrador.

No es baladí en la consiguiente economía narrativa, la aparición y funcionalidad de un espacio y un tiempo que, a partir de su base realista y cercana, profundamente historizada, adquieren un valor simbólico que asegura la semántica de la obra en su cruce de historia y de narración («poética historia»). En tales coordenadas se produce la actualización de *topoi* tan vinculados a la tradición —ideológica y narrativa— como el del *homo viator* o el del *homo mendicans*, lo que permite la reescritura del relato prenovelístico de la sátira lucianesco-erasmiana, sobre todo a partir de la inclusión de un narrador que, en un desdoblamiento del «yo», cuestiona

la trayectoria de su propio personaje. El choque de ambos elementos, inseparable de la conversión y su perspectiva narrativa, establece el dialogismo (Bajtin) esencial en la obra y en el género de la novela, tal como corresponde a la narración de las relaciones problemáticas de un personaje y un mundo (un cronotopo) condenados históricamente a chocar. De este modo, en fin, se funden en las páginas alemanianas el autoanálisis del personaje y una vivisección de su marco social, coloreado por el rastreo de Cavillac, hasta poner de manifiesto la «homología estructural entre el singular y el universal sociológico» que constituye la raíz esencial de la novela.

No es el menor de los méritos de la obra de Cavillac el de esbozar y trazar en sus grandes líneas el análisis que resumo en el párrafo anterior, pero sin agotar sus posibilidades ni ceñirlo a una única y reduccionista perspectiva metodológica, lo que permite el juego del lector, aunque ya firmemente asentado en ese elemento de contraste y veridicción imprescindible representado, como irrecusable universo de discurso, por un contexto efectivo, el cual, sin agotar la obra, enmarca su significado. Lo valioso de esta propuesta es que en ella el sustrato mental-ideológico se recompone a partir del análisis de los textos concretos que lo configuran, desechando las limitaciones de las síntesis reduccionistas que, como los conceptos de «Renacimiento» y «Barroco», brillan por su ausencia en las 600 páginas de la obra, afortunadamente.

Todas éstas son, pues, razones sobradas para celebrar la presente reedición en una colección universitaria española, «La tradición crítica», que ofrece, además, un singular cuidado en su presentación, apenas tocada por las erratas (sólo merece la pena reseñar, como excepción y por el peligro de confusión, la que en la pág. 145 afecta a la fecha de publicación de *Della Ragione di Stato*, que es 1589, no 1598), y adecuadamente enriquecida por la referencia de las traducciones castellanas de las obras citadas en el original. Entre tantas ediciones de obras prescindibles, los estudiantes universitarios españoles han de sentirse de enhorabuena por esta reedición que pone al alcance de sus manos un texto fundamental en la moderna exégesis de nuestras letras de los siglos XVI y XVII.

Pedro Ruiz Pérez

Crónicas literarias del pasado lustro*

El periodismo cultural no es una de las más brillantes secciones de los medios de comunicación, en parte porque las empresas no ponen el mismo esmero en esta parcela que, por ejemplo, en cubrir el comentario económico. Por ello resulta no infrecuente que lo desarrollen jóvenes que aspiran a pasar a parcelas noticiosas más influyentes o personas, también con frecuencia jóvenes, que lo ven sobre todo como trampolín para su otra aspiración auténtica, la creativa. Pero, al contrario, puede decirse asimismo que quienes en este campo reúnen vocación y competencia figuran entre los mejores de las redacciones porque eligen una actividad no muy valorada ni codiciada a la que se entregan con ese algo misionero que tienen los oficios realizados por inclinación y gusto. No es cuestión de dar aquí nombres, pero en la actualidad hay en nuestros «media» (bárbaro extranjerismo, pero no contamos con otra voz propia que lo sustituya con igual sentido) un puñado de periodistas que hacen muy bien esa clase de información, que tiene límites con la opinión o con el ensayismo mucho más débiles que los de otras secciones. Entre ellos figura el de Juan Manuel González, y lo dicho no debe tomarse como introducción algo prolija al comentario de un libro suyo, *La nieve en el espejo*, sino como anotación de unos hechos que viene a propósito de la peculiar composición de esta obra.

La nieve en el espejo lleva un subtítulo, *Crónicas literarias, 1989-1995*, que declara sin posible incertidumbre su contenido. Un índice final da cuenta de la procedencia de los más de noventa artículos que integran el casi medio millar de nutridas páginas del volumen. Unos pocos han aparecido en prensa diaria (*Navarra hoy*, *Las provincias*,

* Juan Manuel González, *La nieve en el espejo. Crónicas literarias, 1989-1995*, Madrid, *Libertarias Prodhufi*, 1995.